

Interpretación de Colombia

Escribe: JUAN LOZANO Y LOZANO

EXPLICACION DE COLOMBIA

Conferencia en la Biblioteca Nacional, para inaugurar el ciclo organizado por su Director, don Tomás Rueda Vargas. 1939.

Jamás se borrará de mi memoria la impresión de sorpresa y de agudo desconsuelo que tuve hace diez años cuando, de regreso de Europa, toqué en las costas de la Patria. Yo había salido de Colombia a los veinte años y retornaba a los treinta años de mi vida. Muchacho connaturalizado con su medio y, por lo demás, habitante de la capital y huésped interno de los colegios, había dejado de ver las cosas de la patria a la edad en que no se piensa reflexivamente en ellas; y al través de la distancia y del tiempo, entre un velo cada vez más tupido de amor y de nostalgia, continuamente exaltado el sentimiento nacionalista por la despectiva ignorancia que en Europa se tiene de nuestros países, había ido yo perdiendo la noción exacta de mi tierra y de mi pueblo, en una progresiva magnificación del recuerdo. Ahora regresaba, hombre maduro, a incorporarme en la vida de mi gente; con un caudal de experiencia reflexiva adquirida en los años durante los cuales se forman la personalidad y los conceptos; con los ojos cargados de visiones que eran ya para mí familiares, de la civilización y la cultura. Venía, por otra parte, conmigo un amigo europeo, a quien en el curso del viaje había hecho yo mil explicaciones acerca de las excelencias y progresos de Colombia y ante quien me sentía directamente responsable por decepciones o fastidios que pudiese tener en mi país.

El barco atracó en el muelle; y mientras se cumplían las formalidades portuarias, mi amigo y yo contemplábamos desde

la barandilla este primer aspecto de Colombia. Los terrenos arenosos de las costas no son, desde luego, propicios a esa magnificencia de vegetación característica del trópico; y así era como en un escenario raquítrico y amarillento de chamizas, se acurrucaban los bohíos del puerto. Era un paisaje africano de chozas de bahareque medio derruidas, alto el techo pajizo, tanto como las paredes, como las viviendas de las tribus. De los huecos que servían de puerta salían niños completamente desnudos, con la barriga enorme y amarilla, y en cantidades enormes, como de una madriguera de curíes; y mujeres desgredadas y descalzas se entendían a gritos unas con otras. Por el puente del barco empezaban a entrar filas de negros con el torso desnudo, para atender a las labores del descargue de bultos. En el fondo se veía una calle en pendiente, flanqueada de barracas de madera y teja metálica, con grandes letreros vistosos dispuestos perpendicularmente, en modo de formar sobre los numerosos transeúntes una selva de enseñas y de anuncios. De las tiendas llegaba hasta el muelle un lejano rumor de aires villanos, que no eran tampoco aires nacionales, sino el nasal quejido de las gramfonas que interpretaba el "Yes, we have no bananas to sell to-day". En una honda angustia patriótica yo miraba de reojo a mi compañero de viaje, y medía mentalmente sus impresiones. El se interesaba mucho en todo. "Muy pintoresco país, el trópico", me dijo, como para serme amable. Observé después cómo, ya en el momento de bajar del barco, abrió una de sus valijas, sacó un revólver y lo colocó en el bolsillo lateral de la americana. Mi amigo pensaba seguramente que no había tiempo que perder en la defensa contra el trópico.

No continuaré exponiendo mis desconsoladoras impresiones de hombre que ve con ojos nuevos el medio que es suyo, del cual es producto; medio cuyas modalidades deberían ser parte de su subconsciencia. Basta esta visión inolvidable de puerto chino o africano, que hiere la retina y la sensibilidad de un patriota, para servir como punto de referencia a las observaciones sobre la grandeza de Colombia que me permitirá hacer en seguida. Ayer domingo, día de elecciones, topé casualmente en las calles de Bogotá con aquel amigo europeo, compañero de viaje hace una década. Hacía tiempo que no le veía, y tuve mucho gusto en conversar con él unas palabras. Me dijo que vivía en Bucaramanga con su familia, y que allí tiene regularmente establecido su comercio; que había viajado varias veces a Europa en desarrollo

de su negocio; y que en su último retorno había traído consigo a los solos miembros de su familia que allí quedaban, porque Colombia es el mejor país para vivir, en todo el mundo.

La evolución de consideraciones que nos llevaron a mi amigo y a mí del concepto de un país bárbaro al concepto de un país admirable por su desarrollo, se ha producido sin que las condiciones externas se hayan modificado sensiblemente en el país en el transcurso de estos diez años. Indudablemente las condiciones materiales han mejorado notablemente, con relación a las que antes existían; hoy hay mejores ciudades, más caminos, más industrias, más agencias de cultura. Pero con referencia a lo que el país debería ser en sus condiciones de vida, es casi inadvertible el progreso. Los mismos niños desnudos y enfermos siguen saliendo y entrando como curíes por el hueco que sirve de puerta a los bohíos primitivos; los mismos negros sudorosos y jadeantes siguen cargando bultos sobre el hombro calloso; los mismos aires pedestres, hoy transmitidos y multiplicados por las radiodifusoras, siguen saliendo como un vaho canallesco de las cantinas de los pueblos. El país, en su inmensa generalidad, sigue presentando al ojo del extranjero un aspecto de miseria, de ignorancia, de enfermedad, de vida primitiva. Antes bien, las manifestaciones de progreso que ahora existen hacen resaltar mayormente el general atraso. El edificio de cemento en medio de las chozas pajizas suscita por contraste la sensación de lo que falta por hacer.

Y este país semi-primitivo en sus condiciones materiales de vida el que se presenta hoy a los hombres como un último refugio contra la barbarie de los países civilizados; es éste el país que, situado en el trópico inhospitalario y violento, sin experiencia, combatido por las endemias, azotado por las guerras, sin la asistencia de la sangre y de la experiencia de inmigrantes, solo, silencioso en el concierto humano, ha construido una civilización política; ha resuelto problemas que a otros pueblos cultos aparecen insolubles; ha asegurado para sí mismo y para las gentes de otras latitudes aquellas condiciones elementales que otros descuidaron, y sin las cuales no es posible la convivencia, ni el trabajo, ni el progreso sociales.

Una genial intuición de la sociedad presidió la formación de nuestra nacionalidad. Sobre la personalidad extraordinaria del hombre que señaló a Colombia el signo de su destino histórico, habré de hablar más adelante. La tesis que quiero desarro-

llar en esta conferencia es la de que un pensamiento cardinal ha guiado perennemente la actividad del pueblo colombiano, en medio de sus luchas y tropiezos; la de que ese pensamiento es genial en su comprensividad primaria de todos los hechos sociales; la de que su actuación forma un ciclo de un siglo, abierto un día, y otro día cerrado y sellado: el ciclo político; la de que de ahora en adelante se abre para Colombia otro ciclo diferente: el ciclo económico; la de que esta síntesis de actividades ordenadas hará en medio siglo más de nuestra Patria el modelo de los países de América; la de que hemos construído un vasto patrimonio nacional y nacionalista, y no estamos autorizados para dilapidarlo.

Todo problema político y social es un problema cuantitativo. Es problema de cantidad de hombres, es problema de masas. Es problema de mantener la paz, el orden social, las condiciones de progreso, entre infinidad de hombres que piensan y sienten cada uno a su manera, que resisten a la compulsión superior, que tratan de predominar unos sobre otros por la violencia y por el fraude. A un individuo, a un solo individuo, es fácil someterlo a un orden cualquiera; es fácil aislarlo y castigarlo cuando rompe relaciones con la razón, con el orden moral, con el equilibrio social. Pero cuando se trata de masas en revuelta, su sometimiento al orden es extremadamente difícil. Dos sistemas se han practicado desde el principio de la historia para mantener las organizaciones sociales; dos sistemas idénticos a sí mismos, a pesar de sus respectivas variaciones en el proceso del tiempo y de las circunstancias. El de la compulsión estrecha, severa, implacable, de una autoridad armada de símbolos o de cañones. El de la apelación a la responsabilidad individual, dentro de un grado de libertad relativamente vasto, concedido por el Estado al individuo.

La compulsión férrea ha resultado en el mundo perennemente precaria. El hombre anhela su libertad, y la anhela con mayor brío y con mayor amenaza de desorden en cuanto esté más constreñido. Y es así como el sistema autoritario ha permanecido y permanece aún en muchos países bajo formas diferentes; pero las autoridades mismas son arrolladas por las rebeliones y sustituidas por otras autoridades no menos caducas. Y el sistema de la libertad ha encontrado para su actuación una dificultad inmensa, que lo transforma con frecuencia en un estado de anarquía y de agotamiento social. La poca educación y la poca responsabilidad del hombre medio, que ansía para sí

mismo la libertad, y una vez que la ha adquirido se apresura a emplearla como instrumento de opresión sobre su vecino. Así los gobiernos liberales en los países de baja educación general como son los de Sur América, o se transforman pronto en un liberalismo nominal, en una dictadura iluminada, como se dice, en el famoso cesarismo democrático; o bien se debilitan y caen al empuje del desorden y de la anarquía de masas y caudillos.

Desde luego el régimen de la compulsión es contrario a la naturaleza humana; y el espíritu culto tiende a un orden social dentro del cual la esfera de la libertad humana tenga la mayor amplitud compatible con la necesidad de convivir en sociedad. Pero el orden liberal, ideal de las sociedades humanas, es extraordinariamente exigente. Requiere la resolución previa de ingentes problemas. Y mientras esos problemas no estén resueltos, no puede hablarse de un orden liberal, sino de una tendencia, desde luego meritoria y fecunda, pero siempre borrascosa y angustiosa, hacia el Estado liberal. Yo quiero exponer esta tarde, en la forma más concisa y desnuda que me sea posible, el intenso y bien encaminado esfuerzo de Colombia por constituir una organización política y social que haga posible el adelantamiento del individuo dentro de una convivencia pacífica y fecunda. Francisco de Paula Santander, creador y padre de nuestra nacionalidad, dejó el poder público exactamente cien años antes de que en él se iniciara nuestro actual mandatario, el insigne presidente Eduardo Santos. Los dos regímenes representan el punto de partida y el punto de llegada de una entera civilización política; en Santos culmina y se hace adquisición definitiva para la república un doloroso y fecundo proceso de creación de condiciones para la libertad que trazó Santander desde la tarde misma gloriosa de la emancipación. Hemos vencido la primera etapa definitiva para el asentamiento de la gran Patria futura. Y cuanto de aquí siga no será sino el resultado natural de una labor ciclópea realizada por el país en una centuria de labor incesante, sobre las líneas de una genial intuición de la nacionalidad.

El presidente Santos ha resumido su programa de gobierno, que cumple fiel, serena y valerosamente, en un concepto que se ha hecho famoso: la convivencia. Convivencia quiere decir para algunos una especie de mutua consideración, de mutua benevolencia, de mutua tolerancia entre los partidos; y para muchos tiene un significado circunstancial, fundado en el carácter per-

sonal del presidente, o de conveniencia política inmediata para buscar que la oposición no altere en forma substancial los planes concretos del gobierno. Podrían éstos ser aspectos de la convivencia. Pero la convivencia tiene un sentido más hondo. Es una interpretación completa del arte y la ciencia del gobierno en relación con los datos actuales de la nacionalidad; es la culminación de un esfuerzo colombiano más que centenario; es la realización del ideal republicano del fundador de la república; es la toma de posesión solemne de un reino conquistado.

Todo régimen político o social se establece o se propone a fin de que los hombres convivan fructuosamente. Otra cosa es que esa finalidad llegue a tener una realidad concreta y definida, como la tiene actual y definitivamente entre nosotros. Los problemas que el país ha resuelto han ido, uno por uno, sentando las bases de la convivencia. Y como ella es requisito indispensable para el progreso social, ese progreso está ya golpeando a las puertas de la patria en forma inusitada. Si Colombia hubiese sido gobernada en los primeros años de su existencia política por uno de esos caudillos progresistas, que buscan mantener su prestigio por actitudes de espectáculo, por el fomento de grandes obras públicas, por la promoción de conflictos internacionales, es seguro que en el curso de la historia habríamos conquistado y perdido y reconquistado muchas tierras ajenas; y es seguro que exhibiríamos hoy una capital fastuosa, una completa red de comunicaciones, un ejército y una marina temibles, como los exhiben otros países de nuestra edad y de nuestra raza. Pero no habríamos resuelto el problema básico que ellos no han resuelto: el de poder trabajar por todas esas cosas útiles y accesorias en una república a la vez libre y estable; el de asentar el progreso social sobre una base inconmovible de convivencia equitativa.

La democracia, gobierno por delegación del pueblo, se funda substancialmente sobre el dominio y la dirección de las mayorías. Pero ese dominio es a la vez gravoso y precario allí en donde el sentimiento de la mayoría es tan diferente del sentimiento de la minoría, que constituye para ella una esclavitud, a lo menos moral; un ultraje, a los menos sentimental. Así vemos que en Europa aquellos países que se han constituido por tratados impuestos por el vencedor al vencido, al final de las guerras, y que incorporan bajo una misma bandera razas, religiones, lenguas, aspiraciones, costumbres diferentes, no subsisten.

Allí la imposición de la mayoría es demasiado gravosa y humillante para la minoría, y demasiado difícil de actuar prácticamente. Pronto las minorías o se rebelan contra el yugo de los gobernantes, o buscan el apoyo de las potencias para otro ilusorio arreglo nacional. Y en nuestra América sucede que en diversos países el indio no se ha incorporado a la vida nacional. Allí las mayorías se computan dentro de la población occidentalizada; y aun cuando el indio no se rebela contra ellas, constituye, sin embargo, un inmenso peso muerto y un clamoroso y doloroso y peligroso problema social para el país.

Hay necesidad de construir la nacionalidad dentro de una unidad tradicional de territorio, de raza y de costumbre, en lo posible; y de mantener a toda costa esa unidad, con la fortificación de todos los vínculos comunes, si se quiere que mayorías y minorías tengan puntos de coincidencia. Hay necesidad de que la convivencia se haga tradicional, de que se creen entre los miembros de la sociedad afectos, negocios e ideales comunes, de que el territorio se delimite, y se sostenga palmo a palmo, una vez delimitado. Hay que dar a cada región y a cada grupo humano la sensación de pertenencia a la nacionalidad. Santander tuvo una idea pasmosa de la nacionalidad, por su acierto secular. Contra él se ha levantado la acusación de haber contribuido en gran manera a la disolución de la Gran Colombia. Con un criterio más justiciero, habría que enfocar este episodio de la historia por el lado opuesto, y decir que Santander fue el creador de la Nueva Granada. El era granadino. Nacido en Cúcuta, había estudiado desde niño en Santafé, y de adolescente había tomado parte activa en el movimiento capitalino del 20 de julio. Tocóle luego en suerte guerrear en los Llanos contra los ejércitos españoles, y conducir con Bolívar un ejército de llaneros para combatir en las crestas de los Andes. Tenía larga experiencia, vivida de la idiosincrasia venezolana.

El admiraba a los venezolanos, cuyo temperamento heroico y cuya eficacia en el arte de la guerra le eran bien conocidos. Pero comprendía que el venezolano no se avendría con el granadino para formar una nacionalidad, y que por consiguiente la unión bajo una misma bandera era ilusoria. Habíale tocado, de niño, presenciar la aversión profunda del bogotano por los soldados que trajo Bolívar a la capital a luchar por el Congreso contra el Ejecutivo Central. Conocía las costumbres, el modo de pensar y de sentir de los jefes venezolanos. Había entrado en

pugna con los generales que acompañaban a Bolívar durante su gobierno, por ser nuestro fundador repugnante a su temperamento arbitrario y un poco descuidado de la dignidad de los cargos públicos. Doña Manuela Sáenz le había cobrado una antipatía profunda, por el aire despectivo y ultrajante con que él veía la confusión de los deberes del hombre de amor con el repúblico. Conocía a Páez y conocía a Urdaneta, y preveía el abismo en que los caudillos homéricos podían sumir la república naciente. Fue así como, general él mismo, y general tan glorioso como los venezolanos, vio con claridad admirable la diferencia que debía separar la independencia de la república; y a tiempo que como mandatario levantaba tropas y recursos para que se concluyese y sellase la obra emancipadora, dentro del territorio liberado mantuvo a raya a los héroes arbitrarios.

Santander arrojó su toga de magistrado en la balanza, y la espada cedió a la toga; y se produjo la desmembración de la Gran Colombia. La separación del Ecuador era asimismo obvia y conveniente. Porque el pastuso, limítrofe con el ecuatoriano y el más afín a sus costumbres, tampoco transigió con el vecino. La acusación que en tiempos de hirvientes pasiones personales y políticas se hizo a Obando de haber conspirado con Flores para la incorporación de Pasto al Ecuador, no aparece comprobada en ningún documento fehaciente. Así Colombia se constituyó con las provincias que habían formado el antiguo Virreinato de la Nueva Granada, y fijó en su primera Constitución los límites nuevos de acuerdo con los límites tradicionales. La defensa de esos límites, su precisión más exacta, ha sido permanente labor de la República en paz y en guerra. Y es así como hoy Colombia se extiende sobre un territorio integral y matemáticamente delimitado. Nuestra Patria ha resuelto, pues, el problema de un territorio fijo y tradicional para la convivencia de su pueblo.

Y este pueblo ha resistido la prueba de cien años de absoluta incomunicación entre sus más importantes regiones; y la prueba de treinta años de federación política más estricta que la de los milenarios cantones suizos, sin haberse disgregado, sin haber siquiera debilitado su unidad nacional. Tan fuerte era el vínculo racial y consuetudinario que ligaba a las provincias. Sobre el desgraciado suceso que arrancó un día a Panamá de nuestro territorio, y que constituye una excepción coactivamente impuesta de fuera a nuestra nacionalidad, se hará alguna conside-

ración más adelante. Dentro del territorio colombiano, en todo caso, la regla de unas partes de la Nación sobre otras no es ofensiva, porque todas se consideran hermanas. Pero aun esta regla, siguiendo el pensamiento santandereano, la ha limitado la república. Las antiguas inmensas provincias, que después se convirtieron en estados y más tarde en departamentos: El Cauca, Antioquia, Cundinamarca, Boyacá, el Magdalena, los Santanderes, el viejo Tolima, fueron subdivididos sabiamente a principios de este siglo. Y ya el Cauca, por ejemplo, o Boyacá, según la relativa potencia en hombres representativos y de medios de acción que tenga en un momento dado, no representa como antes una amenaza de imposición sobre el resto del país. Quienes tememos a las consecuencias del movimiento aparentemente justificado de la descentralización administrativa, fundamos nuestro temor, antes que todo, en un posible desequilibrio de nuestra democracia. En que algunas regiones prosperen tanto con respecto a otras, que la regla de la mayoría regional pueda ser resentida por la minoría regional. Nuestra patria ha resuelto el problema de la integración y del equilibrio de sus provincias, indispensable a la convivencia nacional, y no quisiera reconsiderar ese problema.

Pero si hemos logrado que unas provincias no predominen sobre otras, también hemos conseguido que, horizontalmente, dentro de cada región, no se produzca un desequilibrio étnico. Nuestra raza, según la ha estudiado y definido el profesor López de Mesa, es la raza criolla, mezcla del español y del indio, con alguna incidencia del negro, que vino un día posterior a mezclarse con blancos, indios y mestizos. Ahora, la proporción de la mezcla del español con el indígena varía; y aún hay sectores de la población en donde se conservan casi puras las dos ramas mayores de la raza. Pero, en todo caso, y con excepción de escasísimas tribus de los territorios despoblados, toda la población colombiana está incorporada a la nacionalidad. Todos los colombianos hablan español, son cristianos y católicos, son demócratas, sean liberales o conservadores, participan en la vida política, tienen hábitos análogos, visten y comen análogamente según su posibilidad económica, tienen un fervoroso sentimiento de la patria, conocen y acatan los principios fundamentales de la organización nacional y de la convivencia social. La educación pública es hoy deficiente, y fue ayer más deficiente; pero una labor, una ingente labor de educación ha realizado el país. Y el

iniciador de esa labor, desde el primer día de la República, fue el General Santander. Él vio que la Patria no podría subsistir mientras no se aunasen las nociones elementales de la vida entre sus diversos y distantes sectores; y a tiempo que atendía en lo posible a la educación primaria, creó una red de establecimientos de cultura secundaria y superior que irradiase sobre los diferentes centros del país; y esa red subsiste en la actualidad en sus elementos primarios, bien que inmensamente extendida. Algunos hablan aquí, por imitación simiesca, del problema del indio como tal. No, aquí no existe ese problema. Aquí existe el problema de la pobreza y el de la enfermedad. Lo que en Méjico, en el Ecuador, en el Perú, en Bolivia, se llama la liberación o la redención o la incorporación del indio, sí que es un inmenso y real problema de esas nacionalidades.

Pero habría podido suceder que, a pesar de todas estas circunstancias de unidad nacional, de equilibrio étnico y territorial, en Colombia no hubiese podido establecerse la convivencia social por la falta de un común ideal trascendente de la vida colectiva. Si aquí hubiese existido una disparidad absoluta entre el pensamiento político de la mayoría y el pensamiento político de la minoría, el orden de la mayoría sobre la minoría hubiese sido siempre vejatorio e irritante. Si aquí unos hubiesen sido monárquicos y otros republicanos, autócratas los unos y demócratas los otros, teocrático un partido y comunista el otro, el problema se habría hecho casi insoluble. Pero aun en este campo, tan propenso a la disensión de los hombres y a la disgregación de las sociedades, el General Santander sentó regla de vida para la nacionalidad. Él fundó el liberalismo y estableció la democracia. Y los partidos políticos de Colombia, el liberal y el conservador, han sido al través de la historia, liberales y demócratas. Por ese ideal común de gobierno del pueblo, bajo la égida de una libertad no arbitraria, sino definida, limitada y garantizada por la ley, han podido llegar los partidos, después de luchas innumerables referentes a aspectos de detalle y de aplicación y a diferencias de temperamento, a una compenetración definitiva, que es la que hoy asegura la estabilidad de las instituciones.

He tenido en mi vida de curioso lector de libros nacionales el cuidado de cotejar todos los programas políticos que en momentos solemnes lanzaron los partidos; y todas las constituciones que los reflejaron en regla práctica de vida en el momento del triunfo. Los partidos, todos, en todas las épocas, se declaran

constitucionales, constituídos para la guarda de la ley, tendientes a garantizar determinados derechos individuales a los ciudadanos y a asegurar la estabilidad de los gobiernos, inspirados en el mandato del pueblo y consagrados a su bienestar y a su progreso, enemigos de la violencia, respetuosos de la creencia ajena, guardianes de la libertad. Por lo demás, en materia de organización y funcionamiento de los poderes públicos, de promoción de obras de provecho social, de eficacia administrativa, es poco lo que difieren los liberales de los conservadores.

La diferencia está en hechos circunstanciales, de aquellos que cobran en ciertas épocas, a causa de las condiciones sociales del momento, una entidad desproporcionada, peculiar y apasionante. Tres son los puntos principales en que han diferido en Colombia los partidos: centralismo y federalismo, clericalismo y anticlericalismo, menor o mayor énfasis de la autoridad sobre la libertad, o sea extensión o limitación de los poderes del Gobierno. De estas tres tesis en pugna, solo una sobrevive: pero no constituye ya motivo de lucha entre los partidos tradicionales, sino frente común de esos partidos ante las nuevas tendencias de la decadencia europea.

Al producirse, con éxito tan inesperado y fulminante, el movimiento del 20 de julio, los próceres de la revolución se hallaron ante el problema de dar una organización inmediata al país. Y hubo la indecisión natural para elegir las vías del centralismo, que pensaban algunos que reuniría las provincias más fácilmente en una unidad común por ser el régimen a que estaba habituado el pueblo bajo la Colonia, y las del federalismo, que respondía mejor a la manera independiente y casi simultánea como habían proclamado su independencia las provincias y al deseo de autonomía de cada una de ellas. Vino así la funesta lucha entre Nariño y Baraya, entre el Ejecutivo y el Congreso, que había de recrudecer en ocasiones posteriores. El liberalismo se hizo campeón de la federación, y la estableció cuando pudo hacerlo, en el 58 y en el 63. El conservatismo fue centralista, y estableció un fuerte gobierno central cuandoquiera que pudo hacer triunfar sus instituciones. Hay que tener en cuenta las circunstancias especiales de un país compuesto de ocho o diez inmensas regiones, separadas entre sí por tres cordilleras, sin vía ninguna de comunicación. Regiones ricas, que obedecían a la voz de caudillos gloriosos, Márquez era un desconocido casi, un hombre sin prestigio, a tiempo que Obando levantaba un

dedo en el Patía, y detrás de él se levantaba un pueblo. Es muy diferente esta situación actual, en donde el retrato de cualquier politicante de segunda fila se reparte en los diarios, por avión, todos los días, en los más distantes municipios de la república. Había demasiados hombres grandes entonces y la república estaba demasiado incomunicada, para que el poder del presidente se hiciese efectivo en las regiones. Esa era la realidad; y los conservadores pensaban en una realidad mejor. La impusieron cuando el fracaso práctico del federalismo se había hecho clamoroso; y desarrollaron el centralismo en época más propicia, por las variadas condiciones materiales, para disminuir la lentitud y la traba inherente a una administración central. Hoy el centralismo es un concepto y un sentimiento adquiridos en el país. El liberalismo ha cedido al conservatismo. Hay que anotar, sin embargo, que el General Santander fue centralista, y que tuvo en su puño a las provincias díscolas durante todas las épocas de su gobierno.

Las relaciones entre la Iglesia y el Estado fueron otro rompecabezas de la república durante el pasado siglo. Esta lucha ha perdido hoy toda razón de ser, todo poder de enardecimiento público, toda actualidad. Pero se produjo en circunstancias que la hacían inevitable. Por una parte, todo el pueblo de Colombia era católico en sus sentimientos. Pero, por otra parte, la Iglesia, como institución secular, constituía una seria amenaza para el Estado. Nosotros descendíamos de españoles y habíamos heredado su tradición clerical. En Bogotá, en 1810, había tres mil habitantes, alojados en su mayor parte en casas pobres y destaraladas. En cambio se alzaban entonces las mismas treinta iglesias que hoy existen, y que bastan y sobran para atender a las necesidades espirituales de sus cuatrocientos mil habitantes. Y entre las viviendas paupérrimas de la Bogotá de 1810, se alzaban en muros de dos metros de espesor y en enorme arquería claustral de piedra, cerca de doce colosales edificios destinados a albergar monjes y monjas. Al llegar la república y al penetrar en el siglo hasta el año 49, la situación no se había modificado, a pesar de un famoso decreto de Bolívar. La supresión no ya de conventos mayores, sino de lo que llamaban conventillos, por un gobierno conservador y con el asentimiento de la autoridad eclesiástica, había producido la insurrección del Padre Villota y la funesta revolución del 40. El Estado paupérrimo, incipiente, combatido por fracciones, no exento en ningún momento del temor

de la reconquista española, se hallaba frente a otro Estado interno, más fuerte que él, rico, prestante, que acumulaba bienes innumerables por legados y donaciones de particulares: el estado clerical, compuesto en gran mayoría por frailes españoles, del apasionante y peligroso tipo, algunos, del Padre Margallo. Las oficinas del Estado eran chozas a la sombra de los palacios franciscanos, dominicanos, agustinos, que hoy todavía son grandes edificios públicos de Bogotá. Los políticos conservadores eran campeones del clero, y el mando de los conservadores se inclinaba por naturaleza a la teocracia.

Así vino la lucha que inició el presidente José Hilario López en lo político, y a la cual Rafael Núñez, Secretario de Hacienda de la segunda administración de Mosquera, dio un contenido económico con la desamortización de los bienes de manos muertas. Era una gran medida económica, destinada a poner en circulación, en provecho de todos, la inmensa riqueza del clero, mediante su conversión de censos y rentas. Desgraciadamente ese dinero se volatilizó, sin beneficio público; y por otra parte la medida financiera hirió el sentimiento religioso del pueblo y ocasionó una funesta pugna de varias décadas. Pero se trataba de establecer un equilibrio indispensable en el país entre la pobreza y la incipiente del Estado y la riqueza y la estabilidad del clero; y el equilibrio se produjo. Hoy el clero, consagrado a su misión espiritual, no tiene veleidades de dominio sobre lo secular; el Estado lo mira no solamente con respeto, sino con la más alta devoción; ambos han ganado en sus respectivas categorías. Y la ausencia del clero de la gestión oficial o de la determinación de la gestión oficial, es otro concepto y otro sentimiento adquiridos de la república. El conservatismo ha cedido en este punto al liberalismo.

Esta estabilización cordial y respetuosa de las relaciones de la Iglesia con el Estado ha señalado un paso feliz en la vida de la república. La pugna entre clericales y anticlericales, que no fue jamás entre católicos y anti católicos, afectó por mucho tiempo, y por ese espacio neutralizó otra de las fuerzas de la nacionalidad, que es la religión católica. El aglutinante que, fuera de su alto sacerdocio espiritual, representa la Iglesia en la creación de la convivencia política y social de Colombia, no podría medirse. El sentimiento religioso es más hondo y creador aún que el sentimiento político; y la acción de una mayoría o de una minoría atrabiliaria, que quiera violentarlo, se hace in-

mediatamente intolerable para el organismo social. La época de la desavenencia ha pasado sin que el país se descatolice, y con gran provecho para la solidez y la estabilidad del Estado; y es ese otro de los grandes problemas que ha resuelto nuestra nacionalidad.

Sobre la pugna que está planteada hoy entre democracia y totalitarismo, es altamente consolador registrar cómo el liberalismo y el conservatismo hacen un frente unido contra toda tentativa de destruir o paralizar la democracia. Y no es el caso de insistir aquí sobre un tema de actualidad que pudiese quitar a estas palabras su carácter de objetivo análisis de las condiciones que han contribuido a crear la gran nacionalidad que hoy conocemos. Las condiciones que han hecho que hoy pueda afrontar el país sobre una base granítica el nuevo problema que le corresponde resolver: el de la creación del hombre sano, instruido y próspero que habite la Patria que le legaron al través de una centuria de dolores, los próceres de la independencia y de la república.

Según la dialéctica hegeliana, las luchas de las ideas y los grupos, terminan por una compenetración de grupos e ideas en pugna en síntesis que los resumen, y que se oponen a nuevos adversarios, hasta formar nuevas síntesis en sucesión indefinida. Esa sería la ley del progreso social. Si esa ley es cierta, yo tengo para mí que el liberalismo y el conservatismo colombiano se han fundido en una síntesis que nosotros llamamos liberal, que ellos llaman conservadora, pero que en todo caso se acuerda con las características doctrinarias e históricas del liberalismo clásico, y en todo caso también, representa una excelencia del espíritu político. Con la última desastrosa guerra civil, que alcanzó a ensangrentar los albores de este siglo, el litigio se dio por terminado. Y empezó, todavía con vacilaciones y tropiezos, la era de la convivencia nacional. Hoy ese sistema político, razón de ser de los Estados, cifra y compendio de nuestro proceso histórico, culmina en la afirmación valerosa y en la acción firme de la administración de Eduardo Santos. Afirmación valerosa, porque es difícil corresponder a la exaltación política de quienes nos aclaman su jefe de facción, con palabras de serenidad y tolerancia. Acción firme, porque sobre el terreno conquistado de la convivencia, se ha empezado la tarea de la redención del pueblo por camino diferente del de la logomaquia; por el camino efectivo de la acción

del Estado, convertida en obra positiva en beneficio de las clases más necesitadas de la sociedad.

No es mi propósito trazar aquí las ideas que sobre el problema por resolver pudiera sugerir. Se trata del difícil tema de la intervención del Estado en la vida social, de su dirección, de su límite. Quiero solo anticipar que parece también una idea adquirida por los partidos políticos tradicionales, que la acción del Estado debe rehuir la legislación uniforme y la administración casuística; y que debe teniendo siempre fijos los ojos en el ideal de libertad, intervenir solamente para la creación de condiciones dentro de las cuales la libertad sea posible. La intervención debe buscarse como una manera de lograr que más adelante se haga innecesaria la intervención; no como un paso progresivo hacia una intervención mayor, concebida como objeto a sí misma.

Durante los treinta y cinco años de ensayo apenas tímido, de la convivencia política y social, los resultados han sido sorprendentes. Se estabilizó el gobierno, se acabaron las revoluciones y las conspiraciones, las agencias de adelantamiento social se han multiplicado, la industria ha florecido, la prosperidad general es notoria, en tanto que crece el prestigio internacional de la república. Ocupada en resolver su problema político, la nación en 1910 era casi exactamente igual en sus condiciones materiales a la nación que surgió de la Colonia el 20 de julio de 1810. Nación sin caminos, sin puentes, sin casas y sin calles. Nación sin presupuesto y sin prestigio. Para lo que vendrá en seguida de este año de 1939 en que vivimos, bastará recordar, como pálido punto de comparación, lo que hemos hecho en estos treinta años. Hemos creado, por ejemplo, un ejército que, como agencia social, es por su moralidad y su lealtad, comparable con los mejores del mundo. Nos hemos comunicado, por ejemplo, a lo largo y a lo ancho de tres inaccesibles cordilleras. Hemos establecido un sistema electoral, por ejemplo, que registra fielmente la voluntad del pueblo.

Parecerá a algunos demasiado optimista el individuo que pasa de la descripción del ambiente africano que encontró a su regreso a la Patria, al canto de las grandezas de Colombia. Sin embargo, yo, que veo la desproporción maravillosa entre nuestra civilización material y nuestra civilización política, no soy completamente optimista sobre el porvenir de nuestra Patria. Sobre ella veo dos sombras amenazadoras. Pero la inquietud que ellas

suscitan en el espíritu, excede de los límites de esta conferencia, y será, si me asiste la benevolencia de los gentiles concurrentes, tema de la próxima.

SINTESIS DE COLOMBIA

En la América del Sur, en continente nuevo, y en medio del trópico proverbialmente propenso a la exuberancia, a la intemperancia, a la vehemencia, Colombia se presenta al viajero que la visita como un exótico ejemplo de madurez espiritual y de educación cívica. Aquí los presidentes, elegidos por el pueblo, entran a ejercer sus funciones y dejan de ejercerlas en días fijos, predeterminados por la constitución; y son ellos, sin que jamás en la historia hayan dejado de serlo, los hombres más ilustres del país, por su inteligencia, por sus conocimientos, por su moralidad. El asalto del poder por gentes violentas y oscuras, que lleven a la dirección del Estado propósitos de lucro, de venganza o de opresión, asalto frecuente aún en naciones de la más antigua y avanzada cultura, es absolutamente desconocido a lo largo de la historia colombiana, y aún en época de hondas conmociones sociales.

La estabilidad es el rasgo característico de la nación colombiana; una estabilidad no sujeta a sorpresas, porque está fundada en la libertad, y no es impuesta desde arriba por los gobiernos, sino querida y lograda desde abajo, por la sociedad. A excepción de los últimos diez años, en que apareció y ha venido cobrando fuerza el partido comunista, los colombianos divididos en dos partidos tradicionales, el liberal y el conservador, estuvieron siempre acordes sobre los principios fundamentales de la nacionalidad; y así el dominio del uno sobre el otro no ha representado presión intolerable ni ofensa al íntimo sentimiento colectivo. Las luchas guerreras del pasado siglo no se refirieron jamás a la profesión de principios inconciliables, sino a cuestiones de aplicación de principios comunes. Los conservadores se han quejado, en la oposición, de deficiencias o denegaciones de la garantía política, cargo que los liberales, desde el gobierno, han rechazado. ¿En dónde está vuestra reverencia por la tradición, han dicho los liberales caídos a los conservadores triunfantes, si venís al gobierno a hacer tabla rasa de instituciones y leyes?

Unos y otros admitieron siempre que existían principios permanentes y comunes, de cuya violación acusaban a los adver-

sarios. Nadie profesó jamás, como doctrina beligerante, una teoría militar, o teocrática, o plutocrática, o demagógica, del estado, que se hallase en abierta pugna con el sentimiento de la oposición. Indudablemente que simpatías, afinidades, necesidades del tiempo, inclinaron a los magistrados a practicar un gobierno más religioso que militar o más militar que demagógico; pero siempre dentro de límites humanos, con discreción civilizada, y tomando en consideración el ajeno punto de vista. Es así como, después de las duras y dolorosas experiencias por las que tiene que atravesar todo Estado en formación, los colombianos pudieron un día superar el período, en otros pueblos interminables, del recurso a la violencia armada y acogerse para el triunfo de sus ideas y de su causa a la lucha civil de los partidos. La última tercera parte de la historia independiente de Colombia está presidida por una legalidad inalterable, por una cronométrica regularidad democrática.

Pero antes de bosquejar lo que Colombia ha logrado bajo la paz liberal en lo que va recorrido de este siglo, y antes de presentar el prodigioso fenómeno de consolidación republicana que da su fisonomía a la nueva nacionalidad pacífica, es preciso advertir que el nuevo orden no está en manera alguna desligado del antiguo, sino que es el resultado lógico de un perseverante esfuerzo secular. La Colombia de la paz surgió de la Colombia de las revoluciones, como el fruto deriva su vida de la raíz profunda. Porque las revoluciones colombianas del pasado siglo, verdaderas guerras, no fueron caóticas, ni ocasionales ni personalistas; sino que en ellas se dilucidaron problemas que, con la consagración del triunfo de las armas, y aún desde la derrota, obtuvieron una solución nacional, se convirtieron en una verdad adquirida de la historia, incorporaron un principio definitivo al acervo de las naciones colectivas. Principio moderado por la realidad patética de que su absolutismo provocaba la insurrección.

Así, al través de las guerras, se hizo humano el país; así fue desechando el ideologismo de los intelectuales y poniendo frente a frente a pueblo y gobierno, para que se conocieran y aprendieran a considerarse mutuamente. El régimen concordatario como punto de convergencia entre la tesis de Cavour y la tesis carlistas; la descentralización administrativa, como conciliación de las agrias pugnas entre federalistas y centralistas; la prensa libre pero responsable de acuerdo con las leyes, como equilibrio entre la represión y la licencia; y tantas otras insti-

tuciones moderadas, humanas, posibles, que son expresión sentida y vivida, hoy casi subconsciente, de la nacionalidad colombiana, surgieron de la refriega centenaria por principios acérrimos. La pugna ideológica a que adelante se hará rápida mención fue conducida en la política colombiana, en todo tiempo, bajo banderas de inteligencia. Si un Vicente Azuero y un Francisco Soto y un Florentino González, al iniciarse la república, proclamaron los principios liberales absolutos de su tiempo, la generación siguiente reaccionaba conservadoramente por labios de un José Eusebio Caro, un Julio Arboleda, un Mariano Ospina; y a la nueva reacción radical de la generación del 49, conducida por una pléyade de grandes letrados y varones integérrimos se opuso la contrarreacción tradicionalista encarnada en humanistas de la talla de Miguel Antonio Caro, Carlos Holguín, Rafael Núñez.

Estas guerras que no seguían a personas sino en cuanto ellas encarnaran una peculiar intuición de la vida pública, al par que fundieron en un solo bloque los hombres dispersos, incomunicados, racial y habitualmente diferentes, de las provincias colombianas, se resolvieron en síntesis ideológicas para los problemas candentes en cada tiempo, síntesis que fueron aceptadas por todos e incorporadas al patrimonio político de la nación. El movimiento conservador desarrollado hacia el año de 1885, por ejemplo, que en su tiempo fue tenido como reacción feroz contra el radicalismo, reproduce casi textualmente el capítulo de las garantías del hombre y del ciudadano que los radicales habían consignado como una gran revolución en la constitución de 1863; y en 1936, y en 1944, los liberales constitucionalmente triunfantes desde 1930, robustecieron, con varias enmiendas a la carta fundamental, que en su armazón y tendencia permanece intacta y vigente, los principios de autoridad gubernamental inscritos por el constituyente reaccionario de 1886. La paz de este siglo no ha hecho sino racionalizar y formalizar un hecho social que había venido cumpliéndose en los campos de batalla. Las tesis absolutas de los ideólogos no pueden humanizarse sino en cuanto el pueblo vea en su impecable y austera exposición un camino hacia la asolación colectiva, y haya sufrido la dolorosa experiencia de ese camino.

Hacia 1910, a raíz de la caída del gobierno fuerte y benévolo que después de la hecatombe guerrera del fin del siglo re-

cibió al país en escombros y lo entregó marchando, un poco forzadamente, sobre las vías del trabajo y de la concordia, surgió una generación civil que se ha llamado del Centenario, por su coincidencia con la celebración de los cien años de la independencia, y que recogió con hondo espíritu nacional la lección del pasado. Impregnada del espíritu anti jacobino y anti reaccionario de Rodó, aquella pléyade de mozos civiles, asesorada por patricios sobrevivientes y seguida después por renovadas generaciones políticas, concretó en fórmulas y en praxis el concepto de la convivencia colombiana; y tuvo su expresión acabada en el reciente gobierno de Eduardo Santos, el hombre representativo del movimiento estudiantil de 1910. Colombia, como nación y en medio de naturales oscilaciones a la izquierda y a la derecha de su desideratum histórico, profesa hoy el liberalismo de centro dentro de una organización democrática estable; y es esa su característica de país civilizado, en medio del desorden del trópico.

Sorprende al viajero que recorre a Colombia su atraso material en comparación con su madurez política y con las culminaciones de su cultura. No hay en ello contradicción, sino consecuencia lógica. Desde luego que el retardo en medios físicos de civilización es relativo; el forastero es inclinado a advertir lo que falta, en tanto que el nacional se gloria de lo que ha hecho. Lo que en Colombia existe de progreso material es prodigioso, si se considera que casi absolutamente todo se ha hecho durante los últimos veinticinco años. Ello es poco en comparación de otros países de condiciones raciales, geográficas, climáticas análogas; pero es desproporcionadamente grande si se toma en cuenta la rapidez de su surgimiento y la circunstancia de ser todo obra nacional, adelantada por hombres y con recursos nacionales. La entera deuda externa de Colombia hoy vale aproximadamente lo que una sola de sus cosechas anuales de café; las inversiones extranjeras en empresas nacionales son mínimas, si se exceptúan las de petróleo, muy recientes y que son casi improductivas para la economía nacional; la ayuda de técnicos extranjeros ha sido insignificante, y la inmigración es casi inexistente. Entre diez millones de colombianos se encuentran solo cincuenta mil extranjeros, de los cuales veinte mil solo lo son de nombre, puesto que se trata de vecinos de los países limítrofes, que viven cerca de las fronteras. Y los extranjeros de verdad son en su inmensa mayoría comerciantes. Todo lo que hay en Colombia es obra de colombianos; y obra realizada en solo un cuarto de siglo.

Pero desde luego es preciso admitir nuestro atraso. Ni una capital suntuosa, ni grandes carreteras pavimentadas, ni emporios fabriles, ni un sistema eficaz de educación, ni enormes tractores de oruga que pueblen la soledad de los campos. Hombres ignorantes, víctimas de endemias, mal alimentados, en buena parte descalzos, que habitan en tugurios regados en territorios vastísimos y sin amparo de la autoridad. Ello hiere la visión del turista y preocupa hondamente a los hombres cultos de Colombia. Pero es que realmente las naciones no surgen todas enteras, con toda su civilización, de un golpe. Son resultados de un lento proceso, que implica prelaciones. Unas generaciones emprenden y concluyen una tarea; otras emprenden y concluyen otra. Pero Colombia, con solo siglo y medio escaso de vida soberana, tiene el mérito y la ventaja de haber dado prelación en su tarea civilizadora a lo que es primario y fundamental, al revés de otros países con los cuales, sin observación penetrante, se la compara desfavorablemente. Colombia empleó casi la totalidad de su primer siglo de vida como nación, en la magna tarea deslucida de crear las bases de su convivencia social bajo un orden jurídico y bajo una norma política. Dueña y casi única dueña, en la América Latina de esa conquista, el progreso ha venido para ella sobre fundamento indestructible y en asombrosa progresión geométrica. Solo unas pocas décadas nos faltan para rivalizar en progreso material y humano con los más desarrollados países del continente. Y cuando allí lleguemos, y de allí sigamos, esos países que tendieron con anticipación sus rieles y levantaron sus palacios y anublaron el ambiente con el humo de sus chimeneas, todavía estarán debatiéndose para hallar un camino entre la dictadura y la anarquía; entre el latrocinio gubernamental y el desatentado romanticismo ideologista. Todavía estarán buscando el objeto de dignidad humana y de decoro nacional para el cual represaron sus ríos y perforaron sus montañas.

Menos vistosa es nuestra civilización; pero lleva en ella, en su entraña profunda, el germen, la condición necesaria y suficiente, de las condiciones futuras. La paz se funda aquí sobre la libertad permanente y no sobre la imposición precaria; es resultado del consentimiento ciudadano. Y la prosperidad se funda aquí sobre la acumulación de trabajo y de cultura que la paz hace posible. Surge de aquí una armonía social, no planeada, sino natural y espontánea, que es resultado de la libérrima apreciación del bienestar colectivo, hecha con la colectividad misma, y que se manifiesta en datos extraordinarios de solidez estructu-

ral. Citemos un ejemplo al caso. Colombia es un país de ciudades. A tiempo que la capital de la república, sede de todos sus poderes oficiales, sociales, espirituales, apenas alcanza hoy a medio millón de habitantes, hay varias ciudades dispersas en la vasta extensión del país que pasan de doscientos cincuenta mil habitantes, muchas superan los cien mil, muchísimas otras cuentan más de cincuenta mil; y en varios departamentos, como Caldas, el Valle, Santander, existen núcleos urbanos que realizan o se empeñan en emular en desarrollo con la capital administrativa y política. Es notorio por ejemplo, el caso de Pereira en Caldas, en donde si se sabe que en Manizales, la capital de la provincia, y ciudad particularmente rica y progresista, se proyecta un gran hotel, los pereiranos se anticipan a construir uno más grande; y si se nota que en la capital avanzan los deportes pedestres, ellos establecen el juego del polo y las carreras de caballos de raza.

El país se equilibra en lo político, en lo social, en lo económico, en lo racial, en lo habitudinario, con la existencia y el avance de estos dispersos núcleos de poder y de influencia sobre la vida nacional. Nada habría ganado, por ejemplo, el aventurero que diera un golpe afortunado en Bogotá para apoderarse del gobierno; o que promoviera la insurrección de la fuerza pública acantonada en Cúcuta, sobre la frontera venezolana; y que promoviera una revolución comunista o anarquista en Pasto, sobre la frontera con el Ecuador. Tendría que repetir su hazaña sobre por lo menos cincuenta centros de la vida oficial, de la cultura, del comercio, de la opinión pública. ¿Pero de dónde ha venido este repetirse del poder social en tantos centros de importancia equivalente? De que el país detuvo en tiempo aquel tipo de caudillo que en todo tiempo y país fue propenso a hacer de la sede de su gobierno una urbe cesárea, que golpee la vista y dé impresionante sensación de actividad y poderío, empleando los recursos de la nación en abrir suntuosas avenidas metropolitanas y flanquearlas de palacios. Los presidentes de Colombia tienen el orgullo de vivir y gobernar en una casa moderna y apenas decorosa. Dejado a sí mismo, el país se ha agrupado de acuerdo con su vocación y su necesidad, y por encima del centralismo político, ha establecido una federación de hecho, sin que a la voz de la provincia pueda ser sordo el gobernante.

Quien con ojos desapasionados lea la prensa diaria de Colombia, tan incendiaria, u oiga al través del radio las sesiones

del congreso, o tenga oportunidad de escuchar algún orador estudiantil u obrero en alguna manifestación pública, y compare la visión dantesca del país que allí se presenta airadamente con la apacibilidad de la vida nacional, hallará en estas exageraciones rasgos muy protuberantes del tropicalismo de que en este escrito se ha querido vindicar al país. Este concepto es relativo. La desmedida libertad de que en Colombia ha gozado la expresión del pensamiento, y que es conquista de nuestro pasado siglo de luchas sangrientas, se ha traducido en tan alto grado de moralidad pública, que aquí las infracciones que en otros muchos países aparecerían pueriles, se consideran como nefandos delitos; y esa execración afianza a su turno la mesura y la probidad administrativas.

Colombia exige un tenor excelso de virtud y de capacidad a sus gobernantes y a sus hombres públicos; está en la conciencia del pueblo, muy vivo, es ideal superhumano de rectoría del Estado, y los dirigentes que de él se desvían mínimamente sufren consecuencias de que están exentos los maculados políticos de otros países. Aquí consideramos intolerable intromisión del gobierno en la lucha política y en los resultados electorarios, el hecho de que algún ministro insinúe su simpatía por un determinado candidato, en platónica y velada declaración o en cauteloso acto; a tiempo que en Inglaterra y en los Estados Unidos jefes del gobierno y gabinete se despueblan por el país, con ostentoso despliegue del tren administrativo, para hacer campaña en favor propio, en víspera de las elecciones. Aquí el individuo que como gestor o abogado o en cualquiera otra capacidad, ha cooperado al andamento de alguna empresa particular en algún tiempo, se siente inhibido para rozarse con ella en el gobierno; y así lo exige el público; y la inhibición cobija aún a parientes lejanos del funcionario público; y el funcionario hace todo lo humano para desconectarse, o aparecer desconectado de su pretérita asociación; en tanto que en muchos países, gobernantes y políticos son los ostensibles y dinámicos propulsores de todos los grandes negocios privados que tienen qué ver con el gobierno. El empleo de algún subalterno oficial para eventual y emergente comisión personal; el transporte urbano de algún objeto privado en vehículo de propiedad del Estado; cualquier mínima familiaridad con los bienes nacionales, es asunto que el dirigente colombiano evita meticulosamente, si no quiere verse calificado como un apestado. Y en cuanto hace referencia al empleo de la

fuerza pública, el maltrato de un ebrio o de un ratero por un policial se considera por el público circunstante como un acto de la más feroz tiranía del gobierno. La procacidad escandalosa de nuestra prensa es índice de un alto grado de moral pública e influye decisivamente sobre esa moral. En las esferas inferiores de la política, en donde a los ojos del colombiano medio la desmoralización llega a su colmo, los pecados relativos a viáticos, a contratos, a tráfico de influencias, a nepotismo, a participación en sueldos, harían reír su candor paleolítico a muchos extranjeros de este hemisferio. Sin embargo, esos delitos se cargan a la cuenta de los gobernantes, con el adecuado desenfreno verbal. Y hay de admirable en ese desenfreno, que es gratuito, es decir, simplemente político, simplemente encaminado a causar daño político al adversario. Uno de los rasgos típicos más firmes de Colombia es la independencia de su prensa de todo poder oculto; es la absoluta libertad de sus periodistas.

Acerca de la organización institucional de Colombia hallará el lector en este libro cuanto necesite saber, y dicho por eminentes autoridades. Esta breve introducción a la comprensión de Colombia solo aspira a presentar en trazos la parte humana y moral de la vida del país. Este es un país ejemplar, pese a lo que le falta por alcanzar en tantos ramos del progreso social. Atrás se ha hecho alusión a la circunstancia de que el firme camino de su desarrollo presente obedece a condiciones políticas preestablecidas durante nuestra lucha del siglo XIX. Empezamos ahora a capitalizar la experiencia guerrera y nuestro medio siglo escaso de paz. Pero si datamos la entrada de Colombia en el torrente del adelanto moderno solo de veinticinco años atrás, cuando dos décadas de vida pacífica liquidaron los últimos restos de belicosidad y de consiguiente imposibilidad práctica de adelanto físico; si decimos, por ejemplo, que al principio de este siglo no había en Colombia un puente, ni un camino, ni un edificio construido para escuela; que el cambio internacional había subido al veinte mil; que debíamos los fondos conseguidos para armar tropas libertadoras cien años atrás; que nuestra posición en el mundo era más oscura y desacreditada que la de cualquier tribu africana; y si mencionamos el hecho de que durante la paz, y particularmente en los últimos cinco lustros, hemos cruzado de carreteras el territorio inmenso y escarpado, atravesando tres cordilleras; hemos creado industrias como la cafetera, que actualmente exporta cinco millones de sacos, y como la tex-

til, la de cementos, la de tabacos, la de cervezas, la azucarera, que en quince años suben de un ensayo tosco y local a abastecer las necesidades del país y a iniciar la exportación; hemos construído, casi desde su planta, cincuenta ciudades importantes; hemos llegado al primer plano del respeto internacional entre los pueblos latino americanos; si todos estos datos tomamos en consideración, es justo hacer alusión a factores preexistentes al factor político, y generalmente no advertidos, que nos fueron favorables al través de nuestra historia, más que cuadracentenaria.

Problemas que en otros países, en vez de resolverse, se acentúan con el tiempo, y son obstáculo casi insalvable a la unidad de acción nacional, o, por lo menos, poderosa traba a la convivencia social, entre nosotros quedaron resueltos insensiblemente al través de las edades. Nosotros no tenemos problemas de razas, que, por ejemplo, han hecho invivible la zona balcánica de Europa, y que en los Estados Unidos de hoy constituye uno de los más preocupantes enigmas nacionales. La raza nuestra está fundida y refundida; es, en su inmenso conglomerado, una nueva raza homogénea. Primitivamente el blanco y el indio produjeron al mestizo; introducidos más tarde los esclavos de Africa para los trabajos duros en la zona tropical, el blanco y el negro dieron origen al mulato; el indio y el negro formaron al zambo. Después, mestizo, zambo y mulato, ocasionalmente interferidos por tipos más o menos puros de las razas originarias, se han mezclado indistintamente, y han formado al hombre de nuestro pueblo, que tiene características acentuadamente propias, y que, en todo caso, se considera solidario y no hace cuestión de su origen. En ciertas regiones predomina más un tipo que otro; en las zonas del interior el indio y el mestizo; en las costas, el negro y el mulato; a lo largo de los ríos, el zambo; en las capitales y en las montañas como Antioquia y Santander, el blanco. Pero muy pocos podrían excluir de su genealogía golpes de otras razas; los elementos blancos, indígenas y negros puros, han desaparecido. No existen prejuicios actuantes de razas en Colombia. Existe casi una raza colombiana.

En países de tan antigua civilización nacional como España e Italia, y aún en Francia, los dialectos constituyen grandes barreras para el entendimiento y el comercio; algunos de ellos asumen proporciones de lenguas literarias y han encontrado sus Homeros. En Suiza y en Bélgica coinciden tres y dos lenguas, respectivamente, declaradas oficiales. En nuestro país los hom-

bres de los distantes y por tanto tiempo incomunicados extremos de norte, sur, oriente y occidente, se entienden en perfecto castellano, libre casi, si se exceptúa el acento, de modalidades ininteligibles. Ese más hondo factor de luchas que es la diversidad de creencias religiosas, no existió jamás en Colombia, cuyos habitantes son todos inmemorialmente católicos. Cierta falta de imaginación o de sentido del color ha evitado aún la diferenciación de trajes nacionales, que imprimen carácter y puntillo a las provincias europeas. Y la economía incipiente, que apenas ahora empieza a desarrollarse, ha evitado las grandes concentraciones de riqueza, que son fuente de ásperas disociaciones. La unidad nacional es un hecho inmenso, infrangible, en Colombia. Y su política se ha simplificado como solo en Inglaterra y los Estados Unidos, por la existencia permanente de dos solos partidos, acordes, como se decía atrás, sobre las bases de la nacionalidad.

Colombia tiene la forma aproximada de un cuero de res extendido, y ocupa una superficie de un millón trescientos mil kilómetros cuadrados, casi como el de todas las potencias de Europa juntas; algunos importantes Estados, como Bélgica, Suiza, Holanda, cabrían fácilmente dentro de uno u otro de nuestros departamentos. La población se ha duplicado en los veinticinco últimos años, sin asistencia de inmigrantes, y sin embargo hoy es solo de diez millones de habitantes. Cien millones cabrían en su superficie, sin forzar los límites de la habitabilidad, y sin que tampoco hubiese necesidad de urgir a la tierra con excesos de abono y cultivo. Es el nuestro, pues, un país de reserva para la humanidad; y sus circunstancias políticas le auguran futuras grandes corrientes de inmigración.

El porvenir de Colombia, sin embargo, no está en su tierra, que no es buena, que tiene una capa vegetal delgada, y que está sujeta a las intemperancias de un clima extremadamente irregular, en donde la prevención de inundaciones y sequías sería desproporcionadamente costoso. Así como es el suelo, por su extensión, y por poseer zonas adecuadas a determinados cultivos, daría para la subsistencia de grandes masas humanas que se emplearan preferentemente en labores de índole más remuneradora. Dos zonas del país son adecuadas para la agricultura: la sabana de Bogotá y el Valle del Cauca; pero están supervalorizadas hasta el punto de ser escasamente remuneradoras del trabajo. Para la ganadería las sabanas de Bolívar y las vegas del

Cauca son muy adecuadas. Las tierras cálidas producen buena caña, y en ellas se cultiva ahora el arroz con buenos rendimientos, fuera de los frutos tropicales del consumo local. Ciertas regiones de Boyacá son muy apropiadas para la fruticultura. El tabaco es excelente en Santander. El cacao abunda en el Tolima. El trigo, la cebada, la papa de las tierras frías dan rendimiento económico muy escaso. Por el aspecto de los frutos de la tierra la salvación del país ha estado en el café, que se cultiva en las laderas de las tierras medias, tierras inaprovechables para cualquier otro establecimiento agrícola.

La riqueza potencial de Colombia está en su subsuelo y en los prospectos de la industria. Colombia es inagotable en los más preciados recursos minerales; y su posición geográfica la señala para ser un gran centro productor y distribuidor de artículos fabriles, aun, con materia prima importada, como, de resto, trabajan y se enriquecen todos los grandes países industriales. A pesar del inmenso esfuerzo que el país ha hecho por industrializarse en zonas como la de Medellín, la de Barranquilla, la de Cali, la de Bogotá, lo hasta ahora realizado y lo posible en el inmediato futuro para los previsibles recursos nacionales, es mínimo en comparación de lo que puede y debiera hacerse. El país no tiene capital acumulado. Empresas como la industria, el transporte en grande, la minería, tropiezan con la dificultad de las grandes inversiones iniciales que exigen. Que esas inversiones son fabulosamente remuneradoras lo prueban palmariamente las actuales industrias, que de modestísimos comienzos han llegado a ser en pocos años enormes empresas, con la sola reinversión periódica de parte de las ganancias. Lo difícil, en el sentido actual de la competencia, es la consecución de fuertes capitales iniciales para emprender en nuevas líneas de producción, o incrementar las existentes. Los intereses son demasiado altos; y, sobre todo, no existe agencia en dónde obtenerlos. Nuestros bancos son comerciales e hipotecarios. Inversiones a largo plazo, o inversiones sobre prenda industrial, son exóticas en el sistema bancario colombiano. El capital extranjero, aquejado en dondequiera de monstruosos impuestos, reducido a un mínimo de reproductividad por la competencia en los grandes centros, y amenazado de arbitrariedad o inestabilidad gubernamentales en la mayoría de los países, tiene en Colombia su Meca. La sola labor de dotar de medios elementales de vida a diez millones de hombres que carecen casi de todo: ropas, instrumentos de tra-

bajo manual, muebles, artículos de comodidad, abre un vasto campo al desarrollo industrial de Colombia. Pero sucede que Colombia es el único país latino americano que tiene por fronteras los dos grandes mares del mundo; y que por su equidistancia de grandes centros consumidores, es un privilegiado lugar para la distribución en el extranjero. Si a ello, y a la seguridad y la estabilidad, se agrega la independencia del poder judicial colombiano, que en incontables ocasiones ha fallado los litigios que surgen entre colombianos y extranjeros a favor de los últimos, y en casos tan patéticos como aquellos en que la contraparte civil es un alto miembro del gobierno, podría decirse que Colombia es la Cólquide del inversionista extranjero en el día presente.

Al entrar al país por el sur, la cordillera de los Andes se divide en tres grandes ramales que como una pata de gallo se asientan sobre el territorio y lo dividen, en el centro, en dos grandes valles de dos grandes ríos, el Magdalena y el Cauca; y al occidente está la extensa costa del Pacífico, que necesita sanificación, pero que es riquísima en preciosas maderas industriales, ya de construcción, ya resinosas como el caucho, ya aprovechables en su corteza medicinal, como la quina y el mangle, ya del género de las palmeras de cuyos variados frutos se extraen grasas y aceites valiosos. Todo aquello es silvestre, pertenece al dominio del Estado, y es adjudicable gratuitamente a quien lo trabaje. Al Oriente están los llanos orientales, inmensas extensiones despobladas, aptas para la ganadería, que van hasta el límite con Venezuela, y que también pertenecen a quienes allí se radiquen, por el solo hecho de la ocupación. Al norte del territorio se extiende el Atlántico; y al sur, al través de impenetrables y desmesuradas selvas, poco aprovechables económicamente por el momento, limita el país con el Ecuador, Perú y Brasil; y por el mar interno del Amazonas, de que es condueña la república, toda esta región perdida desemboca en el mundo.

Colombia, desde principios de la Colonia, ha tenido celebridad de país culto, forjador y dispensador de un alto grado de espiritualidad; y en todo momento poseyó documentos fidedignos para acreditar esa fama. Los conquistadores de esta región del continente, a diferencia de sus contemporáneos y congéneres, fueron hombres de letras, de leyes y de gobierno, como respectivamente lo eran Gonzalo Jiménez de Quesada, fundador de Bogotá; Gonzalo Suárez Rendón, fundador de Tunja; Sebastián de Belalcázar, fundador de Popayán. Ellos establecieron

desde el primer momento gobiernos regulares, ajustados a leyes, sometidos a la autoridad y a la legislación de la metrópoli; y no vacilaron jamás en dejar estos lugares inaccesibles a la corona, para presentarse a la corte a responder por cargos que contra ellos formulaban ante el rey los visitadores y los oidores. Hubo vida civil y culta en el entonces Nuevo Reino de Granada desde los primeros días de la conquista española.

Durante la colonia se establecieron aquí en diversas ciudades grandes seminarios y colegios mayores y conventos y monasterios para la educación en humanidades de españoles y criollos. Y de allí salieron escritores conceptuosos y eruditos, según el ambiente de la época. La más alta figura literaria de la colonia es la Madre Francisca Josefa del Castillo, natural y religiosa de Tunja, cuya obra alcanza en ciertos momentos la elación y la pureza mística de una Juana de Asbaje o una Teresa de Jesús. En los últimos días de la colonia la educación aparece excelente en los grandes colegios de Bogotá, Popayán y otras ciudades; y los próceres de la emancipación, un Francisco José de Caldas, naturalista, matemático y literato, un Camilo Torres, jurista y orador, un Antonio Nariño, humanista y político, un Lino de Pombo, un Jorge Tadeo Lozano, revelan una vasta y profunda disciplina escolástica. A estimular e intensificar la vocación de los estudios contribuyó en forma brillante, a principios del pasado siglo, la Expedición Botánica, organizada por el sabio gaditano José Celestino Mutis; y la visita de sabios como Humboldt y Bonpland.

La gran prosa política nace con el grito de emancipación, el 20 de julio de 1810. La poesía inicia triunfalmente su carrera republicana con el joven héroe Luis Vargas Tejada, quien también cultivó el teatro satírico con buen éxito. El periodismo político se afirma magistralmente, al disolverse la Gran Colombia, con el padre de la nacionalidad, Francisco de Paula Santander, y con sus amigos, Soto, Azuero, Gómez. Entre 1830 y la mitad del siglo, descuellan dos genios de la poesía, ambos políticos y muertos prematuramente, Julio Arboleda, autor del gran poema castellano "Gonzalo de Oyón" y de románticas y pequeñas obras líricas o políticas; y José Eusebio Caro, filosófico, precursor de la renovación del lenguaje poético español, mente de grandes concepciones, autor del famoso poema "El Bautismo". Como ensayista y sociólogo aparece Sergio Arboleda, autor de su magistral estudio de interpretación del medio social granadino; Pedro

Fernández Madrid, a más de fino poeta, se muestra como un estilista de primer orden, espléndido en su sencillez. Manuel Ancízar hace una decisiva contribución al estudio del país y a la gloria del lenguaje con su "Peregrinación de Alpha", impresiones de un viaje de estudio por el territorio nacional, en comisión del gobierno; Ezequiel Rojas expone en forma lucida la filosofía benthamista de la época, y Florentino González mantiene al país al corriente de las teorías políticas y las instituciones contemporáneas.

En la segunda mitad del siglo aparecen nuestros dos máximos humanistas, Miguel Antonio Caro y Rufino José Cuervo, también insigne poeta y político trascendental el primero, también filólogo de renombre universal el segundo. Caro es la más alta expresión mental de nuestra raza; tenía romanamente organizada su cabeza y esa organización la empleó en sostener y adelantar en la vida social y en las instituciones sus tesis tradicionalistas. Frente a él se yergue la más límpida y armoniosa prosa de la literatura colombiana, la de Santiago Pérez, saturada de experiencia intelectual y empapada de liberalismo. Como poetas, a más de Caro, surgen Rafael Pombo, el más completo lirido americano y el más alto, que recorrió todo el diapasón de la poesía, con maestría insuperable y vasto aliento; José Joaquín Ortiz, también de grande elevación de sentimientos, cantor de la bandera colombiana; Rafael Núñez, descuidado y ramplón en la forma, hondo en el pensamiento, y revelador en sus poemas de una gran tragedia intelectual, la del escepticismo. Este Rafael Núñez es uno de los hombres que, como ideólogo y político, más honda influencia haya tenido en la vida colombiana; radical en su juventud, fue evolucionando en su pensamiento hasta hacerse el campeón del conservatismo y provocar una revolución mental y política que llega casi hasta nuestros días. Al finalizar el siglo aparece y muere en temprana edad José Asunción Silva, la más original y antigua figura del modernismo poético americano, anterior al Rubén Darío, verdadero creador de una sensibilidad y de una técnica nueva en la poesía española. Tras él sigue Guillermo Valencia, que domina el mundo intelectual colombiano hasta su muerte reciente, y que es una de las primeras figuras del modernismo continental, poeta de inigualada perfección formal, y la más gloriosa figura literaria de Colombia en toda su historia. En este siglo han aparecido cuatro grandes poetas: Porfirio Barba Jacob, hombre desastrado, poseído de

una extraña y alucinante fuerza lírica y dueño de una musicalidad exótica, que canta la pasión humana con un tono desesperado; Rafael Maya, artista enamorado de las formas helénicas, poeta del gran estilo; León de Greiff, abstruso y estrambótico, de una originalidad profunda, que oscila entre el humor dilacerante, la divagación inocua del perturbado mental, y el más estremecedor lirismo. Y el más reciente de ellos: Germán Pardo García.

Aun cuando dieron ya muestras magistrales de su poder mental en el pasado siglo, dos grandes figuras literarias se han mantenido en plena actividad literaria a todo lo largo del presente y viven para gloria de la patria y de las letras castellanas: Antonio Gómez Restrepo y Baldomero Sanín Cano. Ambos humanistas y prodigiosos eruditos, se diferencian grandemente por su temperamento, por su tendencia y por su estilo. Gómez Restrepo, poeta, crítico, académico, ha escrito varios de los más bellos sonetos clásicos de la lengua, y ha puesto su humanismo al servicio de la civilización cristiana, de la divulgación de las letras españolas y de la valorización del esfuerzo literario colombiano. Sanín Cano, alejandrino, según una palabra por él puesta en circulación, se ha mantenido desde su adolescencia hasta hoy, que cuenta cerca de noventa años, en continua y vigilante curiosidad de las corrientes de ideas en el mundo, y ha informado al país, en tiempos en que ciertos grandes maestros contemporáneos eran casi desconocidos en sus propios países, de la grandeza literaria de hombres como Ibsen, Brandes, D'Annunzio; posee una extraña amplitud mental, y una frescura juvenil inextinguible en su espíritu y en su rostro, le hace seguir con simpatía las últimas manifestaciones de las más modestas tendencias contemporáneas.

Dos ensayistas de gran valor intrínseco han florecido en este siglo. Carlos Arturo Torres, muerto en 1911, autor de estudios muy interesantes sobre la literatura inglesa, poeta, y sobre todo, creador, con Rodó, en la América española, de un temperamento político liberal que ha tenido grande arraigo. Como "Ariel", el libro "Idola Fori" de Torres es la más eficaz y hermosa embestida de un intelectual indo-latino contra los mitos bárbaros de la política. López de Mesa, hombre de ciencia, experto literato, filósofo, sociólogo, posee una versación sorprendente sobre la marcha de las ideas y sobre el estado actual del conocimiento en el mundo; y ha aplicado su caudal inextinguible de nociones a realizar la crítica y a extraer la síntesis y a

compilar el programa de futuro desarrollo de la nación colombiana. Es un intelectual del tipo de Spengler y ha actuado con eficacia, decoro y brillo en altos cargos del Estado.

El teatro no ha tenido desarrollo notable en Colombia, acaso por la ausencia de compañías dramáticas. La novela presenta dos culminaciones universales. Jorge Isaacs en la segunda mitad del siglo pasado, y en medio de una agitada vida de empresario, político, revolucionario, se cubrió en breve tiempo de gloria con su novela "María", sencillo y hondo idilio de permanente actualidad sentimental, afortunado hallazgo de un momento humano, obvio y eterno, al través del cual se conoce el nombre de Colombia en el mundo. En el presente siglo un malogrado artista, José Eustacio Rivera, descubrió con su obra "La Vorágine" un panorama inédito, de salvaje grandeza, a la literatura universal. Esta novela, inocua como trama, deficiente como técnica, perdura como un acierto perfecto del paisaje.

Para terminar este bosquejo a grandes saltos del proceso histórico de la literatura colombiana, es justo recordar lo que Colombia debe a sus dos claustros históricos. El del Rosario y el de San Bartolomé, tres veces seculares, que producían legiones de humanistas cuando sobre el lugar que hoy ocupa la universidad de Harvard se alzaba una tupida selva, y que, con el Seminario y la más tardía universidad de Popayán, han sido altas luminarias de la inteligencia. Y es justo mencionar también a quienes han estimulado con su acción personal las altas manifestaciones de la cultura. Distinguiéronse en la apostólica actividad de animadores, en la segunda mitad del siglo pasado, José María Vergara y Vergara, poeta, historiador, polígrafo; y Alberto Urdaneta, escritor, gentleman, diletante, artista. A su alrededor surgió una entera generación literaria. En los días contemporáneos, Plinio Mendoza Neira, retirado en plena juventud de la arena política, dentro de la cual iba en camino de hacerse consagrar como el hombre fuerte de Colombia, se ha consagrado con actividad desconcertante, con celo evangélico, con desinterés suicida, a la promoción de toda clase de manifestaciones de la cultura. Sin ser él mismo un literato, pero sí hombre de gran comprensión y fino gusto ha valorizado ante el público, y sobre todo ante ellos mismos, a los hombres de pensamiento y de letras del país. Y con sus innumerables publicaciones de carácter periódico o en forma de libro, que constituyen empresas económicas descabelladas, solo saldables con abrumador trabajo en

otros campos, ha provocado un verdadero renacimiento espiritual del país.

La historia colombiana, para los efectos de esta introducción a admirables estudios de fondo, se cuenta en breves líneas. Esa historia comienza en la caída del régimen español y la jalonan tres figuras: Santander, de los libertadores, primer presidente, quien infundió al país, en medio todavía del desorden mental de la guerra apocalíptica, el sentimiento civil, legalista y liberal que lo caracteriza. La tarea era desesperada en su tiempo en Colombia, y es desesperada aún hoy en países de nuestro mismo origen; el mismo genio de Bolívar veía su obra destruída por la anarquía y no encontraba otro remedio que el obvio gobierno dictatorial para salvar los restos del naufragio. En esas circunstancias, Santander, que no era un apasible notario sino un héroe resplandeciente, vencedor de los españoles en Boyacá a los veintiséis años, después de haber conducido a los llaneros por los páramos hasta la victoria, Santander mete en pretina a los militares gloriosos, sus compañeros, se opone resueltamente a Bolívar, y proclama el gobierno de la garantía y de la libertad y de la ley, y lo ejecuta inflexiblemente en medio de las facciones y las conspiraciones, y logra aclimatarlo y salvarlo y hacerlo perdurar hasta hoy.

Rafael Núñez hacia 1885 se opone a la absoluta abolición de la autoridad propugnada y realizada desde el gobierno por su propio partido radical durante un cuarto de siglo; lleva a cabo una tremenda revolución institucional; conduce al país a la estabilidad, al través de grandes tormentas; y su obra se mantiene cada día con mayor vigor en el curso de los últimos sesenta años. Finalmente Eduardo Santos realiza en su gobierno (1938-42), la síntesis de la experiencia nacional por él y por sus amigos proclamada con fervor de estudiantes en 1910; y su administración es el esplendor del gobierno liberal; es la afortunada traducción en acto de "Ariel" y de "Idola Fori". Santos interpreta o resume o asume como ninguno otro ciudadano, el sentimiento liberal de una patria que en el trópico recuerde las instituciones y las costumbres de la vida inglesa.

De resto, conservadores y liberales se han alternado en el ejercicio del mando, ordinariamente por elección popular; una vez por triunfo de una gran revolución, la de Mosquera; jamás por artero y sorpresivo golpe de mano. Al morir Santander, en 1840, el gobierno liberal se vuelve conservador en manos de José

Ignacio de Márquez, afronta victoriosamente la terrible guerra civil de aquel año y perdura hasta 1849. Viene entonces una reacción de extrema radical, que, por breve lapso discontinuada, se manifiesta e inscribe en la constitución romántica de Rionegro, suerte de república platónica que arrancó lágrimas de entusiasmo a Víctor Hugo; y perdura hasta 1885 en que se efectúa el cambio de frente de Núñez. Durante cuarenta y cinco años domina el partido conservador, con el excelente instrumento de gobierno que en la constitución de 1886 le han dado Núñez y Caro, no sin que antes tenga que afrontar tres revoluciones sangrientas. Al fin del siglo estalla la última desastrosa guerra civil; triunfa el gobierno después de tres años de lucha; pero el liberalismo vencido impone sus ideas en el gobierno. El conservatismo se humaniza, y llega a establecer ministerios mixtos, y logra perdurar hasta 1930. En este año las elecciones populares dan el triunfo al candidato liberal Olaya Herrera; el triunfo es reconocido por el gobierno, y se sienta un precedente inapreciable de rotación pacífica de los partidos en el mando. El gobierno liberal ha mostrado un grande y eficaz afán de progreso, y en la generalidad, bajo sus cuatro gobiernos, prudencia y cordura. El país ha progresado grandemente en lo material y ha conquistado una excelente posición internacional en el concierto americano. Una sabia política religiosa ha disuelto el problema secular de las relaciones entre la Iglesia y el Estado. Se ha iniciado una política social que viene causando grandes trastornos, sobre todo de tipo moral, en la república. En los últimos tiempos se han presentado fenómenos de desarreglo social que hacen temer francamente que el país se aparte de la trayectoria que venía llevando, y en la que encontró tantos beneficios. Actualmente se conduce una lucha de candidaturas presidenciales en las que se disputa decisivamente si ha de ser el centro liberal, no mal mirado por la oposición conservadora, o la izquierda revolucionaria, cuya fuerza de choque son los comunistas, la corriente ideológica que presida los destinos nacionales en el inmediato futuro. Es de temerse que si la izquierda triunfara, el país perdería su fisonomía, al través de tanto esfuerzo perfilada; y que su gobierno sería contrastado y precario, por provocar una feroz reacción del orden bárbaro. El liberalismo histórico, que es legalista y pacífico y está habituado a actuar en las condiciones implícitas en su teoría, quedaría fuera de juego, como el liberalismo español, en el choque violento de las doctrinas extremistas.